

El autor, Horst Uden, nació en Silesia (Alemania) en el año 1898 y falleció en 1973. Después de la Primera Guerra Mundial abandonó su tierra natal y se afincó en Málaga (España). Desde aquí emprendió múltiples viajes a Canarias, Sudamérica, Alemania, Austria, pero siempre regresaba a Andalucía, su patria elegida. Visitó las islas Canarias en la década de los años 30, escribió «Bajo el drago», la presente colección de leyendas canarias, y la novela histórica «El rey de Taoro», que se convirtió en *best-seller* en lengua alemana.

HORST UDEN

BAJO EL DRAGO



Leyendas y tradiciones de las islas Canarias

EDITORIAL ZECH

Título del original en Alemán: *Unter dem Drachenbaum.
Legenden und Überlieferungen von den Kanarischen Inseln*

A mi distinguido amigo y mentor don FRANCISCO P.
MONTES DE OCA GARCÍA, Cronista Oficial de Canarias y
Académico Correspondiente de las Reales de la Historia
y Bellas Artes de San Fernando, en gratitud.

Horst Uden, 1940

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito de la editora.

Todos los derechos reservados · *All rights reserved*

Bajo el drago. Leyendas y tradiciones de las islas Canarias

© 2010 Editorial Verena Zech, Santa Úrsula (Tenerife)

Texto: Horst Uden

Traducción: Guillermo Sans Huelín

Foto de la portada: Tullio Gatti

Diseño de la portada: Karin Tauer

Impresión: Gráficas La Paz

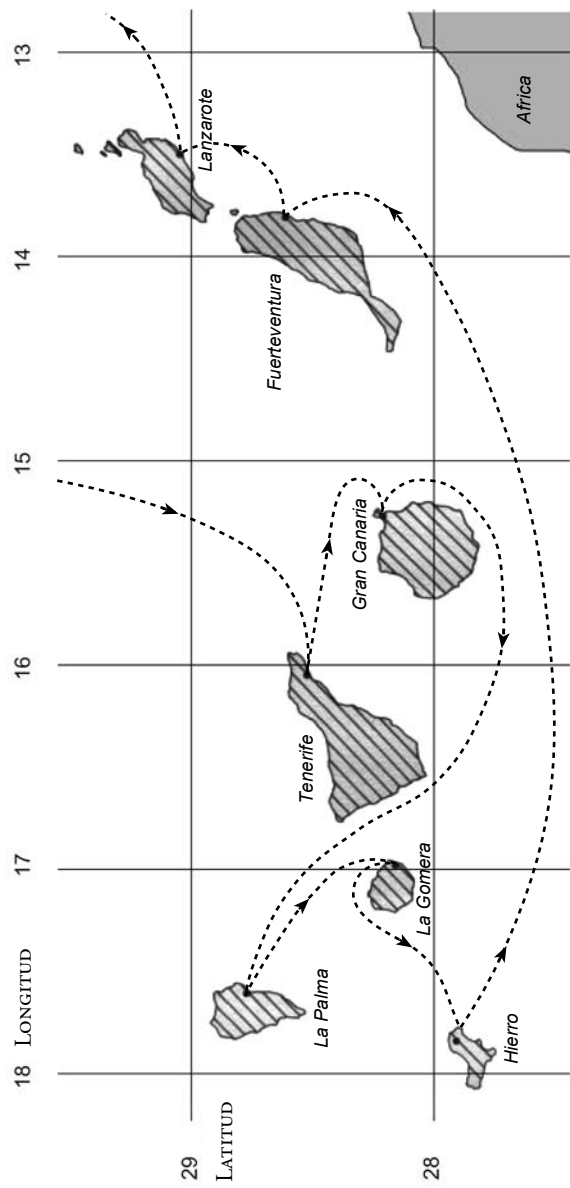
Dep. legal: J-000-2010

ISBN 978-84-933108-3-7

www.editorial-zech.com

Printed in Spain

PLANO DEL ARCHIPIÉLAGO CANARIO Y TRAZADO DE LA RUTA DEL AUTOR



«Solo nos queda el Océano, que baña los benditos campos;
Icemos las velas para contemplar las magníficas islas...»

(Horacio, Oda XIV. Ad Populum Romanum)

ÍNDICE



La leyenda primitiva	11		
TENERIFE, la isla feliz			
Flores de guaidil	23		
Vilafior	29		
El cantar de los cantares de los antepasados	35		
La generosidad del guanche	42		
«Mister Whisky»	48		
El extranjero	57		
GRAN CANARIA, la isla heroica			
Atidamana	65		
El vínculo invisible	73		
«Al Cojo Pepe»	79		
LA PALMA, la isla verde			
Mirca y Niquiomo	89		
El Salto del Pastor	95		
Doce ducados	100		
LA GOMERA, la isla legendaria			
Hupalupu el hechicero	109		
La santa lluvia	115		
El mejorador del gusto	122		
		EL HIERRO, la isla misteriosa	
		El milagro del «garoé»	129
		El peregrino	135
		El último zorrocloco	140
		FUERTEVENTURA, la cenicienta	
		La Santa Virgen de la Luz	147
		El aquelarre	154
		Tumulto en La Antigua	160
		LANZAROTE, la isla de arena	
		El juicio de Dios	169
		Fiestas en Haría	176
		El dragón de Arrecife	184
		SAN BORONDÓN, la isla fantasma	
		La muchacha de San Borondón	191

EL MEJORADOR DEL GUSTO



«¡Vecina!, me dice mi madre si quiere usted prestarnos el templero. El padre no ha matado aún al cerdo y...».

Así, o de un modo parecido, se ofrece todavía hoy en La Gomera el «mejorador del gusto», cuando se quiere dar a la simple sopa de verduras el aromático olor que, excitando el apetito, se esparce fuera de las casas y hace acelerar la marcha de los que, cansados, regresan del fatigoso trabajo del campo.

El templero consiste en un pedazo de tocino rancio o de carne ahumada, encerrado en un saquito de lino, que se cuelga de un hilo en el puchero burbujeante, mientras la cocinera reza tres padrenuestros. Entonces alcanza el guiso el gusto conveniente, que hace sonreír satisfechos a los gomeros.

A la salida del pequeño lugar de Hermigua, no lejos del arroyo murmurador, se levantaba una choza con techo de paja, en la que vivía María, la lavandera de la aldea. A siete niños y al marido tenía que alimentar con el trabajo de sus manos, pues el viejo Lucas estaba medio ciego desde que, hacía unos años, le acometió una terrible enfermedad. Una erupción purulenta cubrió su rostro y manos, unos hoyos profundos aparecieron en sus consumidas mejillas, una costra sangrienta recubrió antiguas

heridas. «La dolencia de Lázaro» se denominó a esta enfermedad en la isla.

Todos los años cebaba María un cerdo, y con el producto de la venta compraba lo indispensable para ella y su familia. Era entonces día de fiesta en la pequeña choza, y con dedos temblorosos acariciaba el viejo Lucas las trabajadas manos de su animosa mujer.

Pero era escaso el rendimiento de la venta de un cerdo, y largo el año. La mayor parte del tiempo no comían más que una sencilla sopa de verduras y un poco de gofio. Entonces enviaba María a una de sus hijas a la vecina para que le prestase el templero.

La vecina era la bizca Tecla, una mujer vieja y fea, que con sus tres dientes amarillos, que sobresalían bajo el labio superior, asemejábase a la abuela del diablo. Entre los campesinos gozaba de gran predicamento. ¿Que aparecía una epidemia en el ganado, que un niño se ponía enfermo, que una vaca no quería parir?; siempre se acudía a la bizca Tecla. Con rezos piadosos y chillidos desgarradores expulsaba al diablo y apartaba el mal. Por este arte se la llamaba «Curalotodo».

También este año llegó el día de San Martín para el cerdo de la lavandera María. La carne y los huesos fueron vendidos y un bonito trozo correspondió a la bizca Tecla, que tantas veces la había ayudado con el templero. Pero en esta ocasión obtuvo María más de lo ordinario, y como su vecina no quisiese exigirle más, decidió conservar un poco de tocino para, cuando se enranciase, tener un templero propio.

En los días en que lucía el sol se amontonaba el trabajo para María. Desde el amanecer hasta tarde estaba arrodillada en el arroyo frotando la ropa en las piedras lisas de la orilla, hasta que quedaba limpia, y extendiéndola, para que se secase, sobre la pradera. Entonces no podía atender a la casa, y si hasta ahora la había ayudado la bizca Tecla o alguna otra vecina, ya había crecido lo bastante su hija mayor para cuidar, por lo menos, de la comida.

«¡Aurelia!», le decía, «cuida del puchero, sobre todo del templetero! No debe colgar en la sopa más que el tiempo de rezar tres padrenuestros. Esto basta, que todavía está lejos el siguiente día de San Martín».

Mejor que la muchacha lo hubiera hecho el viejo y medio ciego Lucas, pues Aurelia era un poco escasa de luces y, en vez de obedecer a la madre, jugaba con sus hermanas en el patio.

Así, quemó la comida, el primer día; en el segundo, se olvidó de guisarla; en el tercero, colgó el templetero en la sopa y se fue a la aldea para charlar con sus amigas.

Cuando regresó era ya bastante más del mediodía, y, de prisa, puso delante de su padre el puchero. Pero, antes de percatarse de nada, se había comido el hambriento viejo toda la sopa, junto con el templetero.

El efecto fue pavoroso. Primero se le hinchó el estómago al pobre Lucas, que, en medio de gritos de dolor, exclamaba: «¡Me ahogo! ¡Yo reviento! ¡Por Dios, auxiliadme!».

Aurelia corrió a buscar a su madre; las vecinas acudieron, así como el cura para administrarle los santos óleos, pues el viejo Lucas quería morir como buen cristiano.

También la bizca Tecla se había precipitado a venir, y miraba fijamente al viejo, que se retorció de dolores. ¿Qué había ocurrido? Un caso tal no lo había conocido nunca en el ejercicio de su profesión de curandera. Su vientre tenía la dureza de una piedra.

Ante ella estaba arrodillada María la lavandera, que, abrazándola, le gritaba: «¡Vecina, salva a mi pobre marido!».

Pero nunca se había visto defraudado quien acudía a Tecla en demanda de auxilio. Decidida como era, dispuso que saliesen todos de la choza, quedando solo Aurelia.

Una vez que se fueron las vecinas, interrogó a la muchacha y se enteró de que el viejo Lucas no solo se había comido todo el contenido del puchero con la sopa de verduras, sino también el precioso templetero.

No titubeó ni un momento más la «Curalotodo». En este caso, solo estaba indicado un poderoso recurso, al que siempre acudía cuando se le inflamaba el estómago a una vaca. Corriendo se dirigió a su casa, y pronto regresó con un frasco grande, lleno de un líquido amarillo y viscoso: miel de palma, aceite de ricino y raíz de helecho pulverizada.

De prisa rezó un padrenuestro, se santiguó tres veces, besó el amuleto de su santa patrona, abrió al viejo la boca y le vertió por la garganta la mezcla pegajosa.

Una hora más siguió jadeante el anciano y permaneció sentado el resto del día en las proximidades del estercolero, para tenerlo más cerca en caso necesario. A la tarde estaba curado, había desaparecido la hinchazón del estómago y estaba tan blando el vientre como piel de cabra curtida.

Pero el milagro no paró en eso. Cada día progresaba más su convalecencia. Poco a poco desapareció la erupción, los hoyos en las mejillas se rellenaron de carne, y ya podía distinguir los objetos de la habitación. Pronto se encontró curado y fuerte como nunca lo había estado. Todo ello se había conseguido gracias al recurso de la bizca Tecla, al que tampoco se resistía la vaca más estreñida. Había sido vencida la «dolencia de Lázaro».

En las viejas crónicas se menciona constantemente el recurso experimentado por la «Curalotodo» de Hermigua, que fue empleado hasta el siglo XIX. Durante seis meses se sometían los enfermos a la cura, y quien no moría antes, sanaba.

Pero para aquellos que sufran de estreñimiento, repetiré aquí la receta de la bizca Tecla: miel de palma, aceite de ricino y raíces de helecho machacadas, aunque sin templero.